

La juventud intelectual de España no se preocupa de lo que podrá venir; todo lo niega, nada afirma. No quiere habitar el viejo caserón de sus mayores y trata de derribarlo sin saber bajo qué techo ha de albergarse mañana. Lo usual, lo corriente, le causa tedio, y de aquí que se apasione por lo exótico. El arte de ayer le parece viejo y busca el arte de anteayer; tiene vergüenza de sus padres y echa de menos a sus remotos abuelos.

FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLEGAS,
en *Las Provincias*, 1902

VEINTICINCO AÑOS DESPUÉS

No puede uno decir que este libro sea muy distinto del que apareció hace veinticinco años, y sin embargo es otro.

Se ve que no puede uno releer lo suyo sin corregir ni añadir. En veinticinco años ha leído uno más, y releído, y es natural que trate de compartir lo nuevo con los lectores. Ya sucedió con *Las armas y las letras*, volvió a suceder con *La noche de los Cuatro Caminos*, y ha vuelto a pasar con *Los nietos del Cid*, al que le he añadido mucho, y ganas me han quedado de añadirle más.

De este le ha llamado a uno la atención el tono, impertinente y un poco jactancioso. La juventud, sin duda. Yo lo achaco también al ambiente que había en aquellos años en contra de estos escritores. O los prejuicios. Los más famosos (Unamuno, Baroja, Valle, Azorín, Juan Ramón, Machado) se estudiaban en la universidad y se imponían algunos de sus libros en los institutos, pero los escritores en activo no los leían o los desdeñaban abiertamente. A veces hacían gala del desprecio o les perdonaban la vida. ¡Perdonarle la vida a Galdós, a Azorín, a Unamuno, a JRJ! Con Valle y Baroja eran más condescendientes o no se atrevían. Los autores que gustaban y tenían influencia eran otros. Los del 98 famosos estaban en mausoleos más o menos aparentes y los menos conocidos (Bonafoux, Sawa, Noel, Solana, Fortún) ni siquiera asomaban la punta de su nariz de las tumbas donde esperaban las trompetas del juicio final.

Yo me sentía en deuda con unos y con otros, con los considerados importantes y con los tenidos por «menores», eran los que me gustaban, más que los del 27 (de las vanguardias no digo nada, porque nunca le han interesado a uno mucho). Y como me sentía en deuda, de vez en cuando hacía sonar, desde donde me dejaban escribir, ya que no una trompeta, uno de aquellos güitos que evocaba Unamuno de su infancia.

Mi primer *estudio* «serio» literario apareció en una revista. Era muy pretencioso, y por suerte ya no recuerdo nada de él ni nunca se reeditó, pero conservo en la memoria algo en verdad conmovedor

para un solitario como era yo: me telefoneó Rosa Chacel, a quien yo no conocía entonces, para decirme que le había gustado. Hoy creo que más que el artículo lo que le gustó fue que un joven se interesara por Unamuno (es imposible que el artículo le gustara). Rosa Chacel y María Zambrano admiraban y respetaban a Unamuno como a ningún otro, ni siquiera a Ortega y Gasset (al que ellas dos le debían mucho). Los poetas del 27, al menos durante un tiempo, reconocieron también el magisterio de JRJ (Machado y el Unamuno poeta les interesaron menos), y luego lo aborrecieron. Había llegado la hora del 27, y estos, la mayoría profesores universitarios y jóvenes, hicieron en las universidades y planes de estudios unas como limpiezas literarias, y vertieron sobre las obras de casi todos los viejos una insidiosa capa de cal, tratándolos como antiguallas. De los otros, de los menores, ni se ocuparon, y les dejaron criando malvas.

Así que hace veinticinco años la mayor parte de los escritores de los que se habla en este libro, no acababan de salir del prolongado purgatorio en el que la historia reciente de España les había metido. Pero también es verdad que hace veinticinco años empezaban a entrar en él la mayor parte de los «del 27».

Hoy, veinticinco años después, el panorama ha cambiado mucho. Para mejor. Nuestra época mira con mayor simpatía aquella otra, y se ha acercado primero con curiosidad y luego con admiración a estos autores. La mayor parte de quienes los ninguneaban justifican su antiguo desinterés y dicen, «no podíamos sospechar que eran tan buenos». Leer a Azorín o a Unamuno ya no penaliza.

La guerra civil había enturbiado mucho los juicios, que se sumaron a los malentendidos que una generación suele verter sobre la anterior.

La política perjudicó bastante a Baroja, a Azorín, a Unamuno, a JRJ, a Manuel Machado. Sólo su hermano Antonio quedó exculpado de los diferentes tribunales de la inquisición de la izquierda, que es la que ha dominado intelectual y literariamente los cotarros culturales aquí y en todas partes. Algunos llegaron a pensar que los del 98 eran los representantes netos de la literatura franquista.

De lo único de lo que puede preciarse uno es de haber leído a todos estos escritores libremente, sin importarle que pudieran desdorarle

a uno en su modernidad (y lo confieso: el placer satánico de la provocación me espoleó no pocas veces a leerlos contra muchos de mis colegas; al fin y al cabo me parece infinitamente más moderno Azorín que todos los surrealistas españoles juntos).

Creía entonces, y con más razón ahora, que los escritores del 98 son tanto como los del Siglo de Oro. Y más modernos que todo lo que vino después de ellos. Y si me referí en el subtítulo a «La nueva Edad de Oro» no solo fue porque lo de la Edad de Plata siempre me pareció una cursilería y una estafa, sino por creer que Galdós no es más que Cervantes, pero tampoco menos, y JRJ y Machado lo mismo respecto de Lope, y Baroja, Unamuno o Azorín tanto o más que Quevedo, Calderón o Góngora.

Con todo, me habría gustado que quedara mejor reflejada la idea de que no podemos leer los libros mirando antes la etiqueta, como tampoco mirar la cartela antes que el cuadro o el precio antes de probar el vino.

Quiero decir que las generaciones, a los cien años, todas calvas, y nos dan igual cincuenta años arriba de Virgilio o cincuenta abajo de Horacio. Baroja empieza donde Galdós y Aldecoa donde termina Baroja. Valle empieza en Villarroel y Cela donde termina Valle. Antonio Machado y Juan Ramón empiezan en Bécquer y terminan en... Hay hoy en España una docena de poetas a los que les gustaría ser considerados nietos de Juan Ramón y Machado.

Me habría gustado igualmente haber hablado más de simbolismo que de modernismo, al tratar de la poesía de entonces, por quitar a la palabra modernismo todo el oropel y purpurina que lleva todavía encima. En parte no lo hice porque JRJ, que fue lo más parecido a un simbolista, entendía que el modernismo tenía unos acentos hispanoamericanos que el simbolismo francés no conocía. Pero sobre todo tendría que haber añadido un capítulo sobre la Institución Libre de Enseñanza. Hay muchas referencias a ella aquí, pero merecería más, porque en esa benemérita y medio cuáquera institución cristalizó lo mejor de aquel tiempo, al hacer compatibles la austeridad y el refinamiento, el hedonismo y la naturaleza, la alegría y el trabajo, los sueños y el estudio.

He añadido algunos nuevos autores, pero podría haber dicho algo más de José María Matheu y, sobre todo, de Ramón Carande.

Fue más joven que todos ellos, pero sus maravillosas memorias de infancia y los retratos que hizo de personajes de aquel tiempo lo convierten en un gran noventayochista rezagado.

Cuando se publicó *Los nietos del Cid* por primera vez en 1998 ya habían aparecido *Clásicos de traje gris* (1992) y *Sólo eran sombras* (1997), y *Los caminos de vuelta* (2000) y *Los vagamundos* (2011) salieron después. Los cuatro son libros de ensayos y artículos dedicados en buena parte a los escritores de ese primer tercio del siglo XX. De 2011 hasta hoy mismo he publicado artículos y ensayos como para formar otro par de tomos, y también sobre estos mismos escritores. Y en el *Salón de pasos perdidos* hay cientos de páginas donde se habla de ellos. En algún momento pensé añadir aquí algunas de esas páginas (por ejemplo, las dedicadas a la exhumación de los restos mortales de Azorín), pero está bien como está.

Añadir, por si no se había notado, que no me ha importado insistir tanto en estos escritores del 98, son los que más me gustan, con los que más he aprendido y los que, como verdaderos clásicos, me han enseñado algo que espero suene impertinente y un poco jactancioso: en esta época nuestra la originalidad está muy sobrevalorada.

Madrid, 27 de octubre de 2023

PRÓLOGO

Que trata de algunas nociones generales

I

En el prólogo a *Las armas y las letras* se decía que «es difícil hablar de cien escritores y dar opiniones de cada uno de ellos y de sus libros, y esperar que todos los lectores se muestren de acuerdo enteramente con uno». Se decía también que no era improbable que en un centón de aquellas características no se emboscaran los pequeños errores, las omisiones y las inexactitudes involuntarias, pero que por encima de todo, en la literatura y en la vida, lo importante era defender al débil de los fuertes y poderosos, y a estos de sí mismos.

Para este libro, al ser de parecida hechura que aquel otro, se deben hacer de entrada las mismas advertencias.

Sobre lo que llamamos hoy generación del 98 se ha escrito muchísimo ya; de casi todos los autores que la integraron, incluso de los de segundo o tercer orden, existen a mano ediciones críticas, estudios solventes y rimeros imponderables de papel, y de todos ellos hay ideas bien definidas y encajadas, me parece a mí, y, por lo mismo, numerosos lugares comunes.

Muchos no aceptan la división de la literatura en generaciones y bastantes de quienes la aceptan piensan que la del 98 se debiera llamar de otra manera, el modernismo, «la crisis del fin de siglo» o «movimientos que se cruzan», como llamó Gernuda a estas dos corrientes de modernismo y noventayochismo, en un intento razonable de sincretismo literario.

Hay un libro de Ricardo Baroja que recoge unos artículos de recuerdos de aquella época, y que en un principio iba a llevar el título de «Bohemia del 98». Luego lo cambió y al final se publicó con el de *Gente del 98*. Seguramente es, para mi gusto y con todas

sus limitaciones, el mejor libro de conjunto sobre el particular, con personalidad y una visión razonable, sin mixtificaciones ni leyendas absurdas. Desde un punto de vista erudito o universitario son unos escritos de escaso valor; ahora, para el lector no profesional de la materia no hay otro más claro ni gustoso. Si se hace caso de tales recuerdos, la generación, en esos años, estaba formada por jóvenes más o menos simpáticos que se pasaban la vida alborotando en los cafés, en los teatros y en las redacciones. Una mezcla rara, pues por un lado eran jóvenes entusiastas de la literatura nueva, dispuestos a triunfar en ella, y por otro gente con la voluntad en permanente lasitud, acoquinados por el medio. Unas veces, mosqueteros que se querían merendar literalmente a los viejos carcas en sus viejos periódicos, en la carcundia de sus academias y casinos, y otras, hombres razonablemente burgueses, capaces de estrechar muchas manos y con deseos de formar parte de esos mismos periódicos y de esas mismas academias.

Uno de los tópicos de la generación es presentárnosla integrada por hombres atribulados por el problema de España, insomnes como los místicos y con la perenne febrícula de los profetas. Alguien incluso como Salinas habla de «un inmenso examen de conciencia, preludio de la confesión patética», lo que es un poco excesivo atribuido al Benavente, Zamacois, Valle-Inclán, Darío, Silvestre Paradox o Azorín del novecientos.

Cuando se leen los artículos de esos escritores, sus cartas de entonces y polémicas, la impresión de personas preocupadas por la salvación de España en general no se percibe o se percibe en medio de otras muchas preocupaciones no menos acuciantes, de orden estrictamente literario y personal, como encontrar trabajo, colocar el articulito, batirse con alguien. En fin. Un poco después, hacia 1910, tal vez. Antes, menos.

II

Hay un par de hechos significativos creo que no valorados del todo hasta ahora: según la teoría de las generaciones, que tanto defendió Ortega, la acción de la de 1898 se extendería hasta 1914, y fue

Azorín, contestando un artículo de Ortega, el primero, con Gabriel Maura, que la llamó de esa manera, «generación del 98», en 1913, el año en que Ortega, que iba a ser jefe de filas de la generación de 1914, organizaba un gran homenaje en Aranjuez a Azorín, como si esos hubiesen sido el lugar y el acto elegidos para el pactado traspaso de poderes de una a otra, del jefe de la vieja generación al jefe de la nueva.

Después de eso, Ortega obtuvo su puesto de director intelectual en el «problema de España» que hasta entonces era exclusivo de los escritores del 98, pero ese hecho, lejos de clarificar las cosas, vino a complicarlas algo, pues es lo cierto que los primeros grandes incomprendedores de los escritores del 98 fueron los del 14, quienes tampoco acabaron de aclimatarse en ese lugar por el que habían luchado, quizá porque sospechasen, con cierta impaciencia ante la estatura literaria de sus predecesores, que su movimiento constituía de modo ineluctable el manierismo de lo anterior, como el manierismo fue consecuencia lógica del Renacimiento, sin olvidar que Renacimiento llamó Juan Ramón Jiménez al modernismo, un renacimiento en el que Azorín encarnaría el ideal de sencillez, Baroja el de la sentimentalidad, Unamuno el de la claridad o Machado y Juan Ramón el de la pureza. Desde ese punto de vista, ¿no es Gabriel Miró el manierista de Azorín; o d'Ors y Ortega, con sus peculiares modos de entender la filosofía, mucho más floridos, unos estilistas frente a la prosa seca del Unamuno pensador; o Azaña, en la política, el Bruto del Unamuno político; o Pérez de Ayala el de Baroja o Galdós; o Pedro Salinas o Moreno Villa los manieristas en poesía de la de JRJ; o Ramón Gómez de la Serna, en cierto modo, el del mundo esperpéntico de Valle-Inclán?

No son sencillas las cosas, como se ve, y tenemos muchos ejemplos en los que percibimos cómo los hijos, que aportaron a la literatura la mecánica de los estilos, influenciaron en los padres, que encarnaron los ideales, y cómo «entre 1910-1915 hay una reorientación de valores, en todos: en finiseculares y en nuevos», dicho en palabras de Mainer, reorientación que nos obligará tarde o temprano a estudiar y replantearnos toda aquella época y la siguiente.

III

Tres o cuatro amigos hemos ido adquiriendo, con el tiempo, una fama absurda de reflotar ahogados y resucitar fantasmas a base de libros viejos, periódicos viejos y revistas viejas, o sea, metidos en el negociado de «raros y olvidados», y alguna vez alguien ha dicho que uno hacía estos libros a base de aquellos otros que vamos comprando en el Rastro o por ahí, en la pendencia con las almonedas.

Eso es verdad. Estos libros solo es posible escribirlos con materiales viejos y absurdos, aunque eso también les proporciona, me parece a mí, una perspectiva interesante: la de dar entrada a lo menor, a lo que solemos llamar «lo menor», no siempre menor. Tampoco se podrían hacer, creo yo, sin un verdadero amor por nuestra literatura, y libros como *Las armas y las letras* o este mismo son sobre todo testimonio de ese amor sostenido en todo tiempo, y como tal me gustaría que fuesen leídos: no como obras de erudición o de estudio, con aportaciones novedosas, aparte de que pueda haberlas, sino como literatura misma, con su vida dentro y su visión honesta y entusiasta, deseoso de que el lector pasara de aquí a aquellas otras obras en las que uno ha encontrado en reiteradas lecturas tanta compañía y «maravilloso silencio». Durante aquellos años absurdos y desdichados del franquismo fueron muchos, sobre todo entre nuestros intelectuales y escritores más «concienciados», quienes repudiaron la literatura española solo por española, posiblemente sin haberla leído, prefiriendo otras foráneas, a veces muy inferiores, únicamente porque venían de fuera. Si los regeneracionistas de aquel 98 trataron de abrir España a Nietzsche, Ibsen o Pirandello, los regeneracionistas de este otro 98 han tenido que abrírsele, oh paradoja, a sus propios Unamuno, JRJ, Azorín o Baroja.

En fin, habrá que dar término a un prólogo que ha salido más largo de lo que debiera, pero es preciso hacer dos últimas observaciones. La primera es que nadie busque en estas páginas criterios objetivos. No los hubo en *Las armas y las letras* y no los podía haber aquí, y escritores como don Ciro Bayo o Silverio Lanza, por ejemplo, están tratados de una manera más dilatada que otros, como Costa, Cajal o Benavente, que fueron mucho más importantes

desde todo punto de vista. ¿Por qué? Eso sería muy largo de explicar, pero no difícil.

La segunda de esas observaciones es de índole personal. Lamentaba Unamuno en el prólogo a su *Vida de don Quijote y Sancho* que se publicara en 1905, fecha en la que a bombo y platillo se celebró el centenario de la publicación del *Quijote*. Le molestaba a don Miguel que se pudiese ver oportunismo publicista en la coincidencia, pues era aquel un libro que tarde o temprano habría escrito, con o sin efemérides en la que acostarse.

Se festeja el año que viene, como es bien sabido, otro centenario, y digo lo mismo que Unamuno entonces, que estaba este libro llamado a escribirse con o sin centenario, y que me molesta la coincidencia por lo que pueda tener de equívoco.

Nada más, lector. Me embarco en un libro que yo querría el mejor de los posibles, sabiendo que es «de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente a todos los que le leyeren», como decía nuestro bachiller.

Madrid, abril de 1997

AGRADECIMIENTOS

Los libros de esta naturaleza se hacen a lo largo de muchos años, aunque se escriban en unos pocos. De modo implícito en el origen de este está Rafael Borrás, sin el cual parece improbable que uno se hubiese metido en *Las armas y las letras*. Creo también que sin la compañía y la complicidad de unos cuantos amigos esta vindicación de nuestra vieja literatura española no se habría sostenido con la misma ilusión. Sin el aliento y los consejos de Dolores Albiac, Juan Manuel Bonet, Manuel Borrás, Miriam Moreno, José Muñoz o Carlos Pujol, sin su atención y sus indicaciones, un libro como este es seguro que valdría mucho menos, en lo que valga. Y sin la asistencia de Abelardo Linares, cuya generosidad y agudeza de lector solo son comparables al volumen de su biblioteca, o sin la de José-Carlos Mainer, que llegó a muchos de los finisterres de la literatura española antes que nadie, este ensayo sería diferente, de eso no hay tampoco duda. Por todo ello quiero que consten sus nombres en esta página, expresión de reconocimiento y de afecto.

A. T.

CAPÍTULO PRIMERO

O bazar un poco confuso, para qué decir otra cosa, donde cabe un poco de todo: las consideraciones generales, que siguen, las figuras de Galdós, Echegaray o Campoamor o la más sutil de Camilo Bargiela, que se extravió en Casablanca como errática luciérnaga

De cuando en cuando se produce entre la gente nueva —escritores, artistas, ateneístas, etc.— una protesta, más o menos ruidosa, más o menos trascendente, contra lo que, con excesiva rudeza, se llama *los viejos*.

AZORÍN (1913)

Antes de preguntar quiénes eran *los viejos* convendría saber cómo era España entonces, a finales de aquel siglo, cuál era la tonalidad dominante. ¿Había una *España negra*, como nos contaban Verhaeren y Regoyos en sus crónicas? Si se entraba en un café, si se subía a un tranvía, ¿cuáles eran los olores? ¿Eran ingratos, dulzones? ¿Cuál era la dieta del pobre, cuál la del rico? ¿Se pasaba, como hemos leído, de los doce platos a la pobretería y la locura? Si se iba por la calle, ¿cuál era la proporción de hombres y mujeres con los que uno se cruzaba?

A veces, hojeando revistas ilustradas de la época, hemos sorprendido fragmentos de la vida: en unas fotografías llama poderosamente la atención la ausencia de mujeres, en otras la mirada embotada de los hombres nos asusta, en otras la alegría dolorosa de la miseria nos intriga. ¿Cómo eran las ciudades de provincias, las ciudades levíticas de provincia, las viejas y averiadas ciudades españolas? Los mendigos, los golfos, las modistillas, el burgués, el señorito, la marquesa jamona, la prometida clorótica, el perdis, ¿qué tenían en común? ¿Dónde esa España diversa se daba la mano, en qué callejones comunes se volvía sombría, en qué otros su alma,

temblorosa y naciente, buscaba la claridad, el campo abierto, la alameda serena de los ejidos?

Desde hace muchos años, quizá desde la mirada sesgada e inamistosa de algunos de aquellos escritores jóvenes, precisamente los que aún eran muy jóvenes al entrar el siglo XX, se tiende a creer que el XIX ha sido el siglo más viejo y reaccionario de la historia de España, ocupado por gentes vetustas de nacimiento que no dejaron sino obras que, apenas concebidas, daban ya muestras de senectud y caducidad. Eso es una absurdidad y una estupidez.

Se han hecho muchas nóminas de esa generación, a la que se ha llamado, como hemos dicho, de muchas maneras. La fórmula que antes prosperó y que aún sigue vigente, aunque cada día con más protestas, fue la de llamarla del 98, «generación del 98».

Yo creo que la gente seguirá llamándola «generación del 98». Eso ya no lo cambia nadie, aunque una manera de englobarlo todo sería hablar del novecientos, «la generación del novecientos». Esta fórmula integradora es más razonable, pero no creo que prospere tampoco, como otras que de vez en cuando se oyen. En algo como el novecientos cabría todo, los regeneracionistas y los modernistas, los tremendistas y los esteticistas, pero es difícil corregir algo tan arraigado. A lo que sí parece que se ha puesto término es a la distinción artificial entre noventayochistas y modernistas, según la cual, más o menos, unos, los primeros, eran escritores concienciados por el problema de España y otros graves asuntos, y los segundos unos frívolos partidarios del cante y los cisnes a partes iguales.

Aunque sean datos que vienen en cualquier diccionario, conviene repasar algunas fechas. El primero que la denominó generación del 98 fue Gabriel Maura, en 1908, y luego Azorín, en 1913. Este había intentado, algunos años antes, llamarla generación del 96. La intentona no cuajó, y el maestro de Monóvar volvió a la carga en 1913 al comentar un artículo de Ortega y Gasset en *El Imparcial*. A partir de entonces, unos aceptaron esta denominación y otros no. Baroja la atacó siempre por cómica e interesada. A unos les convino, se ve, más que a otros. Juan Ramón Jiménez habló siempre de los modernistas, y más que de una generación modernista, de toda una época modernista, con su manera específica de pensar y sentir, como si se hablase del Renacimiento, idea que también en

1913 había expresado Azorín: «En la literatura española, la generación de 1898 representa un renacimiento, un renacimiento más o menos amplio, o más o menos reducido, si queréis, pero, al cabo, un renacimiento». Nos dio incluso la nómina cerrada de él. Lo dice bien claro: «Hombres de la generación de 1898 son Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu, Rubén Darío». Como renacimiento era, sí, muy interesadamente reducido. Él no se incluye en la lista, pero se da por supuesto. Nos informa incluso de ascendientes. «Indiquemos las diversas influencias que han obrado sobre las modalidades literarias de tales escritores:

»Sobre Valle-Inclán: D'Annunzio, Barbey d'Aureville.

»Sobre Unamuno: Ibsen, Tolstói, Amiel.

»Sobre Benavente: Shakespeare, Musset, los dramaturgos modernos franceses.

»Sobre Baroja: Dickens, Poe, Balzac, Gautier.

»Sobre Bueno: Stendhal, Brandès, Ruskin.

»Sobre Maeztu: Nietzsche, Spencer.

»Sobre Rubén Darío: Verlaine, Bainville, Victor Hugo».

De sí mismo no dijo nada Azorín. Se hubiese referido sin duda a, en primer lugar, Montaigne, y luego a Taine, quizá al Leopardi moralista.

Azorín tuvo desde el primer momento interés de que en la fotografía de grupo hecha por él cupiesen cuantos menos mejor. Si Azorín, quien en 1898 elogiaba mucho más a Eugenio Sellés, Valentín Almirall o Pompeyo Gener que a Montaigne, si Azorín, digo, hubiese ultimado esa lista en 1950, habría borrado de ella a alguno más; sin duda a Bueno. Si viniese ahora de la tumba, habría dado incluso un repaso, un último retoque, y habría eliminado de ella a Maeztu. De esto no hay duda. Y a Benavente. Es claro. En su lugar habría metido a Antonio Machado y quizá a Juan Ramón, según le conviniese, para sustituir a Rubén.

Giménez Caballero, en «Junto a la tumba de Larra», hizo un buen resumen de la herencia que Larra dejó a cada uno de los del 98, visto por uno de sus nietos literarios: «Al hijo mayor, a Unamuno, le deja el gemir, su sentido de la soledad y la imprecación; a Baroja le deja la acritud y el estilo seco, sencillo y tajante; a Benavente, el puñal de dos filos —rebeldía y disciplina—, amoralidad y tradición, y la frase corta,